

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

La enseñanza de la historia desde una perspectiva de larga duración: La nota distintiva “nacionalismo” en el marco del populismo.

Aguiar, Liliana y Cerdá, Celeste.

Cita:

Aguiar, Liliana y Cerdá, Celeste (2009). *La enseñanza de la historia desde una perspectiva de larga duración: La nota distintiva “nacionalismo” en el marco del populismo*. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/836>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/etWs/Hg1>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La enseñanza de la historia desde una perspectiva de larga duración: La nota distintiva “nacionalismo” en el marco del populismo.

Liliana Aguiar, Celeste Cerdá.

I. Presentación. El “código disciplinar” como categoría heurística.

La presente ponencia es parte de un proyecto iniciado en 2007 que aborda la enseñanza de la historia en el nivel medio en Córdoba desde dos dimensiones: una, diacrónica busca reconstruir la genealogía de la disciplina escolar historia en nuestro territorio; la segunda, indaga en textos visibles y prácticas en el período post reforma educativa¹. En ambas, la categoría código disciplinar propuesta por el Dr. Cuesta Fernández (1997:20) resulta esclarecedora²: en el análisis de procesos de larga duración, pone de manifiesto su tendencia más a la continuidad que al cambio, en el estudio de la problemática del hoy permite visualizar resistencias y posibilidades de transformación.

Un abordaje desde la categoría *código disciplinar*, construida en el estudio de la problemática en España, se entiende pertinente para la temática en nuestro país dado el paralelismo entre el contexto socio-económico y político en el que se instauran, en Europa y en América, los sistemas educativos. La expansión del capitalismo y la consolidación del Estado Nación devienen factores que inciden de manera similar en la Europa Occidental, América del Norte y Latina, con las especificidades de cada caso.

Cuesta Fernández entiende que el sistema educativo que se construye en la etapa de consolidación del Estado-Nación adquiere tres notas distintivas definitorias: *elitismo*, *centralismo* y *nacionalismo*. En una primera etapa se trabaja la nota distintiva “nacionalismo”³, intentando precisar su alcance en planes de estudio, textos y programas de los colegios nacionales (textos visibles). En esta ponencia se avanza en el

¹ El proyecto, asentado en el Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades cuenta con subsidio de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Córdoba.

² Definido como: *tradición social configurada históricamente y compuesta de un conjunto de ideas, valores, suposiciones y rutinas, que legitiman la función educativa atribuida a la Historia y que regulan el orden de la práctica de su enseñanza,*

³Nota distintiva que no es exclusiva de la historia sino, por el contrario ésta complementa la función nacionalizante de otras como Lengua, Literatura, Geografía y Civismo.

período del primer peronismo⁴ particularmente interesante para la temática al definirse como un movimiento nacionalizante. Con ese sentido se plantean muchas de las medidas que se toman como la compra de los servicios públicos; la creación del Banco Nación; la conformación del Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio (IAPI), entre otras. Su discurso pedagógico se construye buscando elevar la conciencia localista a nivel nacional, crear un clima cultural y posibilitar el desarrollo de las tareas nacionales emprendidas. ¿Qué papel se le adjudica en ese contexto a la enseñanza de la historia, temática que nos ocupa? Además, en la producción historiográfica nacional, desde la década del treinta, el revisionismo interpela la versión liberal de la historia, ¿qué relaciones entabla en el campo político y, en qué medida y por qué vías ingresa a la escuela?

¿Cómo avanzar en una temática tan abarcativa y compleja? En principio, requiere de un abordaje paralelo entre, una “historia de las ideas y su articulación con la historia política”, vía de análisis propuesta por Fernando Devoto para el estudio de los nacionalismos en Argentina y la historia de la disciplina escolar historia, en la que resulta pertinente el trabajo de Cuesta Fernández. ¿Tienen tiempos distintos las historias diferentes? ¿Cuáles son las articulaciones que es posible encontrar entre estos campos? ¿en qué punto se apartan?

II. El nacionalismo de la etapa fundante: ¿un nacionalismo liberal?

Cuesta Fernández al fundamentar la nota distintiva nacionalismo de la escuela sostiene que, en todos los niveles del sistema, uniformiza la lengua, favorece la interiorización de rituales patrióticos y mediante los contenidos construye la idea de una comunidad natural por encima de las diferencias. (op.cit: 94). Para el análisis de los

⁴La temática se ha trabajado en ponencias y artículos anteriores: Aguiar, L: *Los estratos profundos* VII Congreso Argentino-Chileno de Estudios Históricos e integración cultural, FH, UNSa (2007); *Centralismo, elitismo y nacionalismo: tensiones en la etapa constituyente de la disciplina escolar historia, (1863/1905)* XI Jornadas Interescuelas y Deptos de Historia, UNT (2007); Aguiar, L, Cerdá, C: *La enseñanza de la historia desde una perspectiva de larga duración: afianzamiento y supervivencia del código disciplinar de la historia (1910-1960)* I Congreso Internacional y X Nacional de Profesores de Enseñanza de la Hist. de Universidades Nacionales, UNRC (Setiembre, 2008); *Usos sociales de la historia escolar: del problema del progreso al problema de la nación, tensiones en la etapa constituyente*. Reseñas V, setiembre, 2007.

textos visibles, pareció necesario precisar un concepto polisémico y dinámico en el tiempo⁵.

¿Cómo se construye ese lazo social que *tiende un arco de solidaridades por encima de los variados y antagónicos intereses de la sociedad civil enmarcada por la nación?* (Oszlak (1997, pág: 19). Dos posiciones, no siempre dicotómicas, lo explican. Los teóricos de la Revolución Francesa entienden que se construye por la decisión política de suscribir un pacto social; una mirada más organicista considera que la nación deviene de componentes que hunden sus raíces en tiempos bien lejanos y se basa en raza, lengua y tradiciones compartidas.

¿Qué imagen de nación propone la elite que, a fines del siglo XIX, asume la tarea de construcción de la Nación Argentina? Se trata, en principio, de una nación que mira hacia el futuro. En este contexto, las elites no sienten la necesidad de despertar sentimientos de fraternidad porque –como sostiene Devoto- ese “*proyecto de futuro no era una construcción colectiva sino el diseño propuesto e impuesto por la elite que confiaba en que la posesión de la razón le permitiría develar los secretos del progreso*”. Pero, además, porque –desde su concepción- el pasado (la herencia colonial, hispánica, católica, el desierto, el atraso, Rosas) era la causa de todos los males.

El código disciplinar de la historia se consolida en ese contexto inicial. Como dijimos en presentaciones anteriores, los planes de estudio priorizan las Ciencias Exactas, Naturales y los idiomas vivos sobre las Humanidades y las Ciencias Sociales y en programas y textos, la historia y geografía europea predominan sobre lo nacional. En la etapa instituyente (1863-1910) la elite que forma la elite parece no sentir la necesidad de apelar a tradiciones, religión o lengua como parte de un sentimiento nacional que se naturaliza. En el marco ideológico del liberalismo, la identidad nacional es cosmopolita, europeizada. Sea este nacionalismo fundante un “nacionalismo liberal” (Floria) o un “liberalismo nacional” (Romero) ¿en qué medida modifican el código las interpelaciones que lo desafían en la época de apogeo de los nacionalismos?

III. Primera interpelación al nacionalismo fundante. Los balances del Centenario.

Como se sabe, la inmigración es una de las soluciones implementadas por las elites argentinas para que el futuro imaginado se transformara en presente. Poco tiempo después, cuando la “cuestión inmigrante y social” se vuelve problema, es decir entre

⁵ Ponencia presentada en el X encuentro nacional y I internacional de profesores de Historia realizado en setiembre de 2008 en la Universidad Nacional de Río Cuarto.

siglos, la “cuestión nacional” adquiere mayor relevancia y las elites descubren la problemática de la identidad, la necesidad de homogeneizar creencias que se suponen condición de posibilidad de existencia de toda nación. Así, a principios de siglos es posible reconocer cierta “incomodidad” en las elites en torno al tópico inmigración-identidad nacional- que, a partir de este momento, es objeto de constante discusión.

Más allá de debates, intentos de reforma, marchas y contramarchas⁶ esos cuestionamientos no llegan a orientar acciones concretas. ¿Cómo explicar esta tensión entre diagnóstico formulado y políticas concretas? Señala Devoto (2007:26) que lo que impide la concreción de reformas es “*la tenacidad del mito movilizador y transformador, que se asociaba con la inmigración y la apertura externa*”. La idea de futuro es más fuerte que las ansiedades que el momento provoca.

El centenario –como toda instancia de conmemoración- exige un balance. Reaparece aquí nuevamente la tensión que pareciera señalar una vuelta de rumbo; se habla de una “reacción nacionalista” (Quatrocchi) y se intensifican diagnósticos sombríos ante el camino elegido. La enseñanza de la historia ocupa un importante lugar en los debates. Se acusa a la escuela en general y a la historia en particular de no servir a los valores de la nacionalidad. La elite preocupada por los efectos del “*aluvión inmigratorio*” hace uso intensivo de los instrumentos estatales disponibles: una embrionaria pedagogía de las estatuas; culto patriótico que se consolida en una profusa legislación que pauta los distintos momentos escolares.

¿En qué medida tales reacciones inciden en las propuestas de formación de los adolescentes? Veamos que nos dicen los textos visibles.

El Plan de Estudios de 1913 (vigente hasta 1941) profundiza la tendencia al incremento de horas dedicadas a las ciencias sociales y consolida una distribución de la Historia en los planes que se mantiene hasta las reformas de la década del 90. Las horas dedicadas a historia y geografía pasan del 11% en el plan fundante al 21% de horas totales; asimismo resulta notorio el aumento del porcentaje de horas asignadas a la historia y geografía nacional con relación a la historia y geografía europea y americana

⁶Algunos de los más significativos: obras de Ramos Mejía que reconocen la potencialidad de la herencia hispánica; reflexiones de Joaquín V. González sobre la tradición nacional; Filemón Posee que propone un carácter más nacional a la educación, con fuerte peso de la Historia Argentina)

(más del 43% frente al 20% del Plan del 63)⁷. Además, retoma la división de la historia nacional que había establecido el plan de 1884 y difundido los libros de texto: primera parte, desde el descubrimiento a las invasiones inglesas; segunda, desde éstas a las etapas recientes. ¿El “nacionalismo” de la etapa instituyente modifica sus contenidos? Una menor proporción de historia y geografía europea, la reducción de idiomas extranjeros ¿implica un cosmopolitismo menos acentuado? Más horas de historia y geografía argentina ¿intentan construir una nación homogénea? Al menos, permitiría afirmar que en este nivel existe, ahora, una voluntad de acentuar estudios relacionados con la nota distintiva “nacionalismo”.

Por su parte, la propuesta editorial parece reproducir el nacionalismo identitario fundante. Los libros de Carlos Grosso y de Ricardo Levene, para la historia argentina son, tal vez, los de mayor difusión. La primera edición del libro de Grosso es de 1893 y, en sucesivas reediciones, supera la década de 1960. Levene publica en 1912 la primera edición de sus “*Lecciones de Historia*” prologado por Joaquín V. González y alcanza más de veinte ediciones posteriores. Escritas en contextos distintos, no presentan, sin embargo, diferencias considerables en cuanto a la temática en análisis.

¿Qué concepción de Nación y de nacionalidad subyacen en el nuevo plan de estudio al cruzarse con los textos? Llama la atención el desarrollo de la historia colonial de nuestro territorio (50% de horas y páginas); asimismo que se la llame “historia argentina” o “historia nacional”. Parece subyacer la decisión de localizar las raíces de la nacionalidad en el pasado hispánico. Raza, tradiciones, territorios, valores de la colonia, se entienden componentes necesarios de una nacionalidad en peligro frente a las tradiciones de las colectividades que se incorporan con la inmigración. Este buscar en el pasado las bases del sentimiento de pertenencia ¿modifica la prioridad que le otorgaba al futuro el liberalismo? ¿Qué significado adquiere el carácter de hito divisorio que se le da a las invasiones inglesas?

Lo cierto es que encontramos en los libros de texto una fuerte continuidad con relación a “la Historia Oficial”; esto es particularmente claro en la propuesta de Levene donde la alusión al periodo colonial gira en torno a justificar la originalidad de la Nación Argentina (escasa mezcla racial, papel desempeñado por la inmigración ya en

⁷ Dado que en varios planes se asignan las horas en forma conjunta, a los fines comparativos se debe tomar las dos disciplinas.

épocas tempranas, la transmutación del conquistador en colonizador, etc.). A partir de allí, el relato se concentra en la Revolución de Mayo y la acción de personalidades (San Martín, Belgrano, Moreno, Rivadavia) que, como representantes de la “positividad”, forman parte del Panteón Nacional. Rosas, el tirano, y los caudillos, conforman las fuerzas antagónicas que, al ser condenadas, exaltan y legitiman la hegemonía de la elite ilustrada porteña.

Más allá de las reformas que se advierten en el Plan de Estudio de 1913, las tensiones que caracterizan al Centenario no repercuten en cambios sustantivos en la escuela; la versión liberal de la historia que goza de amplio consenso en la elite argentina, no queda cuestionada en este período.

IV. Segunda interpelación: el revisionismo histórico

En el clima abierto tras la crisis de 1930, un grupo de intelectuales, políticos, docentes (algunos de los cuales han participado de la frustrada experiencia uriburista) intenta una mayor presencia en el campo de la cultura y del pensamiento político a través de la crítica literaria, el ensayo y la reflexión histórica.

Desde ésta, comienza una nueva búsqueda en el pasado argentino de las raíces de la crisis del espíritu colectivo. Identificado con el nacionalismo⁸, inspirado en lecturas antiliberales y antipositivistas y cercanas al tradicionalismo hispanizante, se propone sustituir la imagen del pasado de la nación propuesto por la lectura liberal que –según su interpretación- ha sido utilizada por las elites gobernantes para legitimar sus acciones presentes. De ello se desprenden dos principios comunes a todas las obras revisionistas: por un lado, la intrínseca relación que establecen entre elite liberal e historia oficial y, por otro, la afirmación de una “verdadera línea nacional” que encuentra en el gobierno rosista su periodo de cristalización.

Las disputas por la versión de la historia. Esta “contrahistoria”, entendida como un movimiento de oposición y rechazo a la historiografía liberal que intenta “redefinir el modelo de nacionalidad argentina a través de una actividad a medias histórica, a medias políticas” (Quatrocchi, 2005:98) implica una interpelación directa al campo historiográfico que es objeto de luchas por mantener/obtener posiciones que legitimen una u otra visión del pasado.

⁸ No se trataba de un grupo homogéneo; dos corrientes se definían en su interior: el nacionalismo “elitista” y el nacionalismo “popular”.

En primer lugar se plantean “revisar” la relación entre historia y política que, decíamos, es uno de los tópicos esenciales del revisionismo. (Palacio 1939: 25). ¿Proponen una relación diferente entre práctica historiográfica y política? Todo lo contrario, la lectura del pasado que realizan se presenta como una nueva legitimación. (Quatrocchi, D. 1998: 107). En segundo lugar, se proponen “revisar” las interpretaciones del pasado, particularmente, aquella construida por la tradición liberal, entendiendo que el revisionismo se encargaría de “reconstruir el pasado conforme a una auténtica crítica y valorarlo de acuerdo a la mejor conveniencia nacional”, es decir, alejarlo de una historia, la historia de Mitre, López y, posteriormente, Levene que “había sido la justificación de las oligarquías gobernantes, el partido de la civilización” (Palacio, 1939: 34). Reinterpretación en “clave nacional” de la historia del país a partir de dos temas principales: uno, la enemistad con Gran Bretaña y la consecuente revalorización del legado español y, segundo, aunque no unánime, el rescate de la figura de Rosas.

De allí que los ataques al liberalismo y sus hombres por parte de los revisionistas son constantes en estos años: Sarmiento, por su perfil antinacional, su odio a Rosas, la ocupación de Chile y la tergiversación histórica realizada en el *Facundo* y otros textos; Mitre por su actuación política después de Caseros, ser fundador de uno de los bastiones de la prensa liberal y mentor de la Junta de Historia y Numismática Americana convertida recientemente en Academia Nacional de Historia.

Detrás de estas luchas por legitimar determinadas versiones del pasado, lo que está en juego son diferentes formas de conceptualizar la Nación, distintos principios de nacionalidad. A los fines de precisar las versiones del pasado construidas por los revisionistas realizamos un análisis de sus obras más representativas⁹. Si bien puede practicarse sobre varios tópicos recurrentes, nos centramos en la figura de Rosas, (aún cuando no existe unanimidad con relación a su imagen) porque representa el polo de positividad de la historia nacional.

En la obra de Ernesto Palacios, el relato sobre Rosas se ubica en un capítulo denominado *La lucha por la libertad, Parte 2*. Dice:

⁹ Fueron seleccionadas las obras de Julio y Rodolfo Irazusta: *La Argentina y el Imperialismo Británico* (1934) y -Ernesto Palacio: *La historia falsificada* (1939) e “*Historia de la Argentina*” (1954)

“Era imperioso elegir gobernador titular. La opinión general indicaba un solo candidato: el que había dado mayores pruebas de visión política, de cordura y de patriotismo en medio de la perturbación de espíritus, el comandante general y caudillo indiscutido en la campaña (1954: 326).

Al finalizar, afirma que la imagen negativa del periodo rosista se relaciona con,

“la antipatía, tradicional en la América hispana del especulativo (fraile o leguleyo) contra el activo (encomendero, militar), del hombre de toga o levita contra el de espada o lanza. Basta leer las expresiones con las que se refieren a él los unitarios desterrados (...) Es el bárbaro, el salvaje, el “gaucho bruto”. ¡Ah, crepúsculo de los tenderitos graduados en el colegio y que se sienten muy superiores a sus compatriotas porque abominan de España y de la religión, ante el magnífico campesino que acaba de frustrar sus esperanzas de imponer al país el reinado de sus luces! (1954: 340).

Si, como se sostiene, el revisionismo encuentra en el periodo rosista el momento de cristalización de la Nación, ese pasado perdido en que los valores de la nacionalidad no han sido corrompidos por la acción de la oligarquía liberal, los valores reconocidos en ambos párrafos nos aproximan al modelo de nacionalidad. Señalemos tres: en primer lugar, las fuerzas tradicionales (religión católica; lo nativo: el criollo, el gaucho; España); la resolución positiva de la relación masa- minoría ilustrada, mediada por la acción de un líder fuerte; y, finalmente, “lo nacional” en oposición a “lo exótico” (“las luces”, “el hombre de toga”, es decir, la oligarquía liberal, sus proyectos de “progreso”).

La recuperación de Rosas cobra sentido en tanto que encuentra en su gobierno - el más denostado por la tradición liberal- el momento en el cual la Argentina logra afianzar su soberanía nacional y unidad frente a los enemigos externos e internos. Es también en Rosas donde los principios de cohesión social más cercanos al nacionalismo de los revisionistas encuentran su mayor defensor. Tal clave de lectura, entienden, les permite señalar un nuevo camino para superar la crisis.

A partir del caso Rosas, podría ratificarse con otros temas, en las versiones del pasado construidas desde el revisionismo es posible reconocer un proceso de inversión de la historia “oficial” en cuanto a nombres (Rosas por Rivadavia) y valores

(tradicionalismo por liberalismo, lo nativo frente a lo exótico) que estarían dando cuenta de modelos de nacionalidad alternativos.

Además de las batallas libradas en el campo historiográfico, los revisionistas entienden necesario “ocupar” los espacios públicos, en particular en lo que refiere a las conmemoraciones. Así frente a los actos y homenajes oficiales que exaltan el panteón liberal, los revisionistas conmemoran y reivindican personajes y acontecimientos que reafirman la soberanía nacional en la lucha contra la intervención imperialista (homenajes a Dorrego; a los defensores de la isla Martín García; entre otros).

Nuevamente la pregunta ¿en un contexto de interpelación a la versión oficial de la historia, en qué medida ingresan esas nuevas versiones en la escuela? Dado que en este nivel de análisis el estudio está centrado en los textos visibles y por ende, en la historia regulada, una primera respuesta es que, en función de la falta de reformas en este período de los planes de estudio y la constante reedición de los mismos textos, el revisionismo no impacta en la versión hegemónica que sigue siendo la impuesta por Mitre y difundida en la escuela por Grosso, Fregeiro y Levene.

Sin embargo, hay denuncias de una historia no oficial en la escuela que daría cuenta que las obras de Irazusta; Palacio, Iburguren, las biografías noveladas de Gálvez son leídas y valoradas por los profesores de historia y sus posturas presentadas en clase y discutidas en las aulas y fuera de ellas. Tan es así, que resulta necesario establecer por decreto (1941) que los libros de historia deben evitar *toda posición tendenciosa o polémica que pueda originar confusión en el espíritu de los alumnos*. Probablemente, se busca desalentar a los autores de manuales a alterar la versión de la historiografía liberal (Ramallo, 1996: 383).

El nacionalismo liberal resiste. En un diagnóstico similar a los del Centenario, Zorraquín Becú sostiene, en 1940, que no es posible la formación de una conciencia nacional *mediante la enseñanza actualmente impartida entre nosotros, que no tiende a fijar una individualidad nacional sino a la exaltación de un sentimiento vagamente humanitario y cosmopolita, incubado en el positivismo liberal*.

Desde una perspectiva de más larga duración, se podría inferir, entonces, que el código disciplinar que se construye en la etapa instituyente, a la vez que se adapta a

nuevos contextos resiste la interpelación en etapas claves tanto desde el punto de vista político (el Centenario) cuanto desde el campo historiográfico (revisionismo).

V. El primer peronismo ¿nueva interpelación al código?

Como es conocido, en múltiples aspectos, la irrupción del peronismo supone un reordenamiento de gran profundidad y el campo cultural no resulta ajeno a este fenómeno. Tampoco los son las “batallas por las versiones del pasado” que, desde la década del '30, están siendo libradas por los revisionistas, frente a los que ellos denominan la “historia oficial”.

En el plano de las representaciones, el discurso peronista –sostiene Quatrocchi– propone una nueva concepción de la nacionalidad que –en muchos de sus enunciados– se asemeja a los principales axiomas revisionistas. Se trata, sostiene la misma autora, de la inversión de un modelo de nacionalidad extrovertido y cosmopolita por otro que identifica a la masa/pueblo como portador del alma de la Nación al mismo tiempo que instituye un linaje con el líder (reformulación que establece una relación privilegiada pueblo/caudillo); una concepción de la nacionalidad que reafirma la existencia de una oposición pueblo-élite intelectual (tan cara a los revisionistas en su asociación elite-oligarquía liberal) y, finalmente, una afirmación de la nacionalidad basada en la defensa irrenunciable de la soberanía “*en su ser y derecho a la diferencia*” (op.cit: pag. 228).

Una serie de interrogantes a nivel de hipótesis, estructuran el análisis. 1. La llegada del peronismo al poder es interpretada por muchos revisionistas como un momento de victoria, el retorno a los valores de la argentinidad que denuncian perdidos ¿el revisionismo se tiñe de peronismo? 2. Pero, ¿la visión del pasado en la que se inscribirá el peronismo es la que los revisionistas construyen a partir de la reivindicación de Rosas y del rechazo a la tradición liberal? ¿se transforma la situación de aparente marginalidad del movimiento revisionista y la “contrahistoria” deviene una “nueva historia oficial”? ¿el peronismo adopta el revisionismo? 3. ¿sobre cuál de estas tradiciones enfrentadas construirá, finalmente, su identidad el peronismo? O ¿la “refundación de la nación” y la redefinición de la “nacionalidad” propuestas por el peronismo, podrán realizarse por fuera tanto de la versión liberal como revisionista de la historia argentina? ¿Un peronismo peronista?

1 ¿Revisionismo peronista? Numerosos fundamentos encuentran los revisionistas para identificar al peronismo con los valores de la argentinidad que declaran abandonados luego de Caseros. De allí que no resulta extraño que muchos de

sus miembros se reconocieran en el movimiento peronista y participen en diferentes ámbitos de gestión política y cultural. Por otra parte, algunas medidas tomadas por el peronismo parecen abrir espacios para la incorporación de esta “contrahistoria”: en el campo historiográfico, la intervención de las universidades¹⁰ y el control que el gobierno ejerce sobre la prensa permiten a los revisionistas encontrar espacios académicos y otros de divulgación en la prensa peronista. (Tribuna, El Líder, Democracia).

Aún sin un apoyo unánime (resulta imprescindible considerar el desagrado con que algunos revisionistas y nacionalistas observan el “estilo plebeyo” del nuevo gobierno), el revisionismo termina de teñirse de peronismo. Ahora bien, si los alcances de la relación con el peronismo para muchos revisionistas parecen estar definidos, no sucede lo mismo al invertir los términos de la relación.

2- ¿Peronismo revisionista? El problema de las relaciones del nuevo gobierno con el revisionismo debe situarse en el plano más amplio de los vínculos del peronismo con el pasado. En este sentido, Sigal y Verón (1985) subrayan la ausencia de referencia a la historia en los primeros discursos de Perón; Cataruzza (2003) se orienta en la misma dirección cuando afirma que, como en muchos otros aspectos, lo que importa al peronismo es el presente y, finalmente, Halperin Donghi (2005), recalca el esfuerzo constante del peronismo por evitar que las disputas del campo historiográfico alcancen una dimensión política que sumen nuevas causas de discordia a un presente ya agitado Sin embargo, y más allá de las intenciones de Perón ¿podemos suponer que un combate como el que está siendo librado en el presente pueda permanecer ajeno a las batallas sobre el pasado? Quatrocchi (1998: 330) sostiene que numerosas intermediaciones presionan para resolver su inscripción en una de las versiones contrapuestas.

Las disputas por la versión de la historia. La llegada del peronismo supone una reformulación del modelo de nacionalidad cuyos principales rasgos identitarios señalamos más arriba. Desde sus inicios, el discurso peronista redefine el polo positivo de la identidad en términos de Patria/Pueblo/Peronistas y el negativo en

¹⁰El nombramiento de Vicente Sierra como Director del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, en reemplazo de Ravnani y el Decreto de 1952 de “Reorganización de las Academias” que suspende las actividades de las mismas (incluye a la Academia Nacional de Historia, símbolo –según los revisionistas- de la historiografía liberal); al mismo tiempo, y si bien conviven con historiadores de la Nueva Escuela, muchos historiadores revisionistas acceden a cargos en cátedras universitarias de Historia Argentina (José María Rosa, Diego Luis Molinari, entre otros).

Antipatria/Oligarquía/Antiperonistas mostrando afinidades con las representaciones que identifican la propuesta revisionista desde la década del '30.

Sin embargo, Svampa subraya que los elementos “Patria y pueblo” no tienen la misma entidad para el peronismo y el revisionismo. El primero, porque el revisionismo sitúa el momento de su cristalización en el período rosista mientras que para Perón, patria expresa los proyectos futuros de la comunidad organizada. El segundo –pueblo– para el revisionismo implica una revalorización en término de “masa” en cuanto agente portador de la nacionalidad; mientras que para el peronismo es la transformación de la masa inorgánica por la relación con su líder.

Si algo liga a Perón con la concepción revisionista de la historia es la caracterización del adversario. Coinciden en la crítica a la oligarquía (extranjero: antinacional, antiargentina, antipopular y, a partir de 1945, antiperonista) y ven en ella al agente que disoció a los argentinos de sus verdaderos valores. Si los revisionistas convierten a la oligarquía en el gran adversario de la sociedad argentina, Perón la inserta en el centro de un *nuevo campo de enunciados dicotómicos*” (Svampa, M. 2006: 295).

Lo cierto es que los historiadores nucleados en el Instituto Juan Manuel de Rosas están convencidos que la “liberación nacional” que representa el peronismo debe darse, también, en el plano de la Historia. Nada mejor que la contrahistoria revisionista para desenmascarar los “mitos liberales” contruidos por la “oligarquía” (es decir, la historia oficial). Persuadidos que los valores propugnados en el presente por el peronismo deben, también, ser defendidos en el pasado, afirman la necesidad de liberarse de ideas y conceptos cuya función no es otra que –según el canon instalado por los hermanos Irazusta en “La Historia de la oligarquía Argentina”– legitimar la dominación extranjera y la oligarquía. Si el peronismo desea defender valores nacionales, corresponde invertir la valoración del pasado argentino y, en particular de Rosas principal enemigo de la oligarquía.

Si para muchos historiadores revisionistas la identificación del peronismo con la contrahistoria adquiere el carácter de vínculo indisoluble, la respuesta de Perón no es inmediata. La primera réplica la obtienen de la oposición. La Prensa, luego de la jornada del 17 de octubre y en plena campaña electoral, identifica las dos partes en lucha con las que se enfrentaron en Caseros: *la primera democrática, progresista, orientadora, revolucionaria. La otra es el resabio del oscurantismo colonial, la fuerza de la resistencia al progreso que demora la organización nacional y que es reaccionaria, demagógica y oligárquica* (en Svampa, M. 2006: 328).

Esta operación de identificación que la oposición realiza entre Rosas y Perón se va acrecentando a medida que la ruptura es más profunda. Sin embargo, más allá de esa identificación que los revisionistas se apuran a señalar y los opositores a denunciar, durante el primer peronismo el rosismo no forma parte de la propuesta oficial, en cambio, resignifica la historia liberal y, en ese proceso, *el panteón peronista* tiene mucho de tradicional (Cattaruzza, 2003: 167).

Las luchas en espacios públicos: ¿Panteón liberal, panteón nacional o panteón peronista?

Estas luchas reconocen múltiples escenarios: en el Parlamento, diputados y senadores revisionistas libran batallas por instalar nuevas conmemoraciones que permitan un ejercicio de contramemoria. Así plantean declarar feriado el 12 de agosto, en conmemoración a la “reconquista” de Buenos Aires (se lo hace, con la oposición del radicalismo). Al mismo tiempo, el bloque opositor presenta un proyecto para declarar feriado el 3 de febrero (Batalla de Caseros) que no prospera. Fuera del Congreso, un acontecimiento ampliamente conocido refiere a la ocasión de nacionalización de los ferrocarriles, punto más alto de la reivindicación nacionalista del peronismo. Los nombres impuestos, sostiene Cattaruzza, “*deben haber resultado a los ojos revisionistas casi una provocación*.” (2003: 165). Urquiza, Mitre, Sarmiento y Roca, dice Halperín, “*completaban con San Martín la lista de precursores elegidos por Perón para hacerle compañía en el triunfo*” (2005: 30).

En el mismo sentido, en ocasión del centenario del fallecimiento de San Martín el peronismo se pronuncia de modo categórico. El año 1950 es declarado “año del Libertador” y las numerosas actividades conmemorativas, ampliamente explotadas por el gobierno, incluyen desde la repatriación de los restos de sus padres hasta la obligación de todas las publicaciones de consignar la leyenda “Año del Libertador General San Martín”. Los esfuerzos tienen un objetivo: construir una identificación con Perón. San Martín, figura respetada por todas las tradiciones políticas y portador de un consenso difícil de hallar en otros próceres; arquetipo de genio militar al mismo tiempo que “el más grande de los rebeldes”, figura que se coloca por encima de los conflictos al negarse a obedecer a un gobierno que le pide que intervenga en una guerra civil. En el acto de cierre de las actividades, realizado en Mendoza, el Presidente hace explícita su identificación con el General San Martín,

“desde la gloria se sentirá interpretado por un soldado que, si no con su genio, con su inspiración, trata de seguir su ejemplo en el ineludible deber de sostener el estandarte glorioso de su tradición, en la lucha por ofrecer a los argentinos y

al futuro la bendición de poseer una Patria justa, libre y soberana” (en Quatrocchi, D. 1998: 309).

Apenas finalizado el “Año del Libertador”, la oposición constituye una “comisión popular” para conmemorar otros centenarios más propicios para luchar contra el gobierno: el levantamiento de Urquiza contra Rosas (1 de mayo de 1852); la muerte en el exilio de Esteban Echeverría (19 de febrero de 1851) y, sobre todo, la Batalla de Caseros (3 de febrero de 1852) que, como dijimos, es llevada al Parlamento sin éxito. Nuevamente, en este punto, los intentos revisionistas por imponer una versión de nacionalidad que reemplace a la liberal, parecen frustrarse.

3. O ¿peronismo peronista? Entonces, respondiendo el interrogante sobre la relación que el peronismo establece con las tradiciones enfrentadas, podría decirse que la identidad peronista se construye a partir de una resignificación de la tradición liberal. El triunfo del revisionismo, señala Quatrocchi, debe buscarse en otra dimensión: la de la memoria colectiva del movimiento peronista (1998: 285).

La bibliografía coincide en señalar que el primer peronismo “*practicó un cuidadoso equilibrio entre Rosas y Sarmiento*” (Ciria, A. en Svampa, M., 2006: 293). De hecho, muchas medidas tomadas por el peronismo parecen indicar que el equilibrio - en realidad- obra en contra de los revisionistas, la versión del pasado propuesta por la Nueva Escuela –identificada con la historiografía liberal- no resulta incómoda al peronismo. Este equilibrio recién se vuelca a favor de los revisionistas con posterioridad al golpe de 1955.

La historia escolar ¿nacionalismo peronista?

La bibliografía es conteste en afirmar que la obra educativa del primer peronismo concentra sus mejores esfuerzos en la educación masiva y en espacios de formación técnica, formales e informales. La reforma de los estudios secundarios (1952) no modifica la estructura de los planes fundantes: continúan siendo preparatorios para la universidad, abarcan todas las áreas y no ofrecen bifurcaciones. Con relación a la nota distintiva que estamos estudiando, el nacionalismo, se puede afirmar que profundiza tendencias detectadas desde el Centenario al incrementar en forma sustantiva la importancia que se le otorga a contenidos “nacionales”. En el campo de las humanidades, el número de clases destinadas a historia y geografía es el mismo que rige

desde 1913¹¹, en cambio, y siempre desde un análisis de tipo cuantitativo, se produce un desplazamiento decisivo hacia la historia y la geografía nacional que pasa a tener más del 50% de las horas dedicadas a dichas disciplinas.

Con respecto a la ubicación de la historia nacional, este plan introduce una novedad que cristaliza hasta las reformas de los 90: se aborda en tercer año para que los alumnos que abandonan sus estudios en tercer año hayan estudiado historia argentina. Por otro lado y, sin que se fundamente en forma explícita, la historia de 4° y 5° año se dedica a *instituciones sociales y políticas* con lo que, aparentemente, se quiere subrayar el apartamiento de una historia político militar eje de la historiografía liberal ya consolidada en la escuela.

Con respecto a los textos, el decreto de 1941 se mantiene vigente y las carátulas de los libros consignan la aprobación de Ministerio. Sin embargo, los libros canónicos se siguen editando y esas sucesivas reediciones (como reza en sus carátulas) más allá del incremento en número de páginas, imágenes, actividades, no modifican contenidos.

Se mantiene el panteón de próceres instaurado por el liberalismo y la proporción del número de páginas dedicadas a los períodos claves. Rosas sigue siendo el tirano y no hay grandes diferencias en el tratamiento dado a Rivadavia (figura execrada por el revisionismo) ni se reivindica a los caudillos. Por cierto, los manuales que llegan a los tiempos recientes (caso Levene, 1950) presentan la versión oficial del período peronista.

Cuando se incorpora en todo el sistema educativo la “doctrina nacional” (peronista) y el culto al líder, el espacio curricular privilegiado es el tradicionalmente dedicado a la educación del ciudadano: Instrucción Cívica ahora Cultura Ciudadana. Espacio más lábil tal vez porque, en su interdisciplinariedad, no responde a un código disciplinar consolidado. También es en este espacio donde ingresan contenidos relacionados con el revisionismo histórico fundamentalmente en defensa del hispanismo y las tradiciones católicas. En la mayoría de sus manuales se defiende el período rosista a la vez que se exalta el modelo “federal”, la importancia social, económica y política de la “vieja estancia criolla” con valores tradicionales derivados de una organización patriarcal, jerárquica, de la familia y la sociedad¹².

¹¹ Aunque, al reducirse la duración horaria de cada clase (de 45 a 40 minutos), resulta ligeramente menor el tiempo que se le dedica semanalmente.

¹² El análisis de los contenidos de esta asignatura del nivel medio en SOMOZA RODRÍGUEZ, 2006, pág 229 y ss.

A pesar de estos rasgos conservadores, Somoza (op.cit:259) entiende que si bien el contenido nacionalista continuó en el curriculum subyace una nueva concepción de la Nación más inclusiva dada la incorporación masiva de sectores desfavorecidos en la educación, una educación técnica que posibilita el ascenso en el sistema educativo de las franjas más bajas de la pirámide social.

VI. Cierre de una etapa

Afirmábamos con Cuesta Fernández que, como toda tradición social, el código disciplinar de la historia no es inmutable pero muestra una fuerte tendencia a la continuidad. Sus características constituyentes, conformadas en espacios periféricos con reciente pasado colonial, están en íntima relación con el marco ideológico de la tradición liberal en que se consolida. Una elite extrovertida, cosmopolita, europeizante que entiende a la Nación como un proyecto de futuro, que requiere nuevas bases, mitos y sujetos (con una idea, si se quiere, más cercana al contrato como fundamento de la nación), no ve en ella un lugar importante para la historia “relato del pasado” por excelencia. En este contexto, la obra de Mitre, fundador de la Historia Nacional tarda en imponerse y, en el sistema escolar, la historia argentina no encuentra un lugar relevante hasta las primeras décadas del siglo XX.

Cuando, en torno al Centenario, a la “cuestión nacional” surgida de la inmigración masiva se le suma la “cuestión social”, la elite siente amenazado el orden social. Entonces sí, las interpelaciones al modelo liberal comienzan a ser más claras. ¿Qué hacer? ¿redefinir las relaciones con la herencia hispánica? ¿construir “lugares de la memoria” en competencia con aquellos instaurados por los inmigrantes?

En el campo cultural y también en la producción histórica, autores como Rojas, Quesada, Álvarez, reflejan algunos de los nuevos interrogantes. De todas formas, es necesario señalar que, recién a fines de la década del 10 y más fuertemente en la del 20, es posible referir a la conformación de un campo de la historia al profesionalizarse e institucionalizarse la disciplina, particularmente a partir de las acciones de los historiadores nucleados en la nueva Escuela y considerados, por muchos, continuadores de la práctica historiográfica inaugurada por Mitre.

En ese cruce entre ideas y políticas, al menos hasta la década del 30, los movimientos nacionalistas se encuentran en una posición de subalternidad con respecto

a la hegemonía del imaginario liberal. Esto se debe, afirma Devoto, a la permanencia de un nacionalismo que viene de los orígenes de la Argentina moderna -presente en la ritualidad patriótica, la educación laica, el mito de la grandeza del país- y encuentra en el aparato escolar, en la representación de muchos argentinos y en la mirada prodigiosa de Mitre razones para sostenerse.

La disciplina escolar historia está atravesada por estos procesos. Algunas de las características que señalábamos –incremento de horas dedicadas a la historia argentina, importante carga horaria de la historia colonial- parecen responder al clima de “reacción nacionalista” que visualizamos entre fines del siglo XIX y la llegada del centenario.

Sin embargo, estos movimientos surgidos en torno al centenario no habían generado una sistemática revisión de las figuras y proyectos de la tradición liberal. En un contexto de crisis, en la década del 30, un grupo de escritores se propone llevar adelante una práctica de contrahistoria que dará lugar a una nueva versión de la historia que intenta disputar, en el campo historiográfico, la legitimidad de la historia liberal.

Su militancia no es sólo en el campo de la disputa cultural-ideológica; muchos entienden que es en la escena política donde tienen mayores posibilidades de triunfo. La realidad se mostrará mucho más compleja.

La llegada del peronismo supone una nueva interpelación, quizás, más fuerte que las anteriores. En el campo de las ideas una historia revisionista ofrece al peronismo un sistema coherente de valores, héroes y mitos para consolidar una “nueva historia oficial”, sin embargo, nuevamente aquí, la opción es no abandonar la tradición liberal sino operar sobre ella una resignificación. La historia en los colegios secundarios sigue siendo la historia oficial, con más cursos y más horas; no es en este espacio donde se refleja una concepción de nación que, si tiene mucho del esencialismo de la versión tradicional, resulta, en función de su obra social, más inclusora.

Desde 1863 a 1955 los estudios secundarios han reproducido una concepción de nación elegida por los grupos dirigentes, concepción que, más allá de sus modificaciones, tiene mucho de esencialista, al sostener una identidad argentina que se siente cosmopolita, asociada a un futuro de progreso y, a la vez, inmóvil y homogénea. La historia con su panteón incuestionable y sus héroes intachables es cómplice de esa

construcción. Convencidos que, la tendencia del código a la continuidad no implica su inmovilidad, abogamos por una enseñanza de la historia que permita asumir una concepción de nación asociada al concepto de ciudadanía plena; que muestre la participación de todos los sectores sociales en un sistema de responsabilidades y derechos que los individuos asumen, en tanto ciudadanos, como contrato, como proyecto a realizar y, por tanto, fruto de la acción de los individuos en su contexto.

VII. Bibliografía

CATTARUZZA, Alejandro y EUJANIÁN, Alejandro, (2003) *Políticas de la Historia Argentina*. Alianza, Bs. As.

DEVOTO, Fernando (2005) *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna: una historia*. Siglo XXI de Argentina Editores, Bs. As.

----- (2006) Comp. *La Historiografía argentina en el siglo X*. Edit. de América Latina, Bs. As.

FLORIA, Carlos A. (1998), *Pasiones nacionalistas*. FCE, Bs. As.

HALPERIN DONGHI, Tulio (2006) *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*. Siglo XXI, Bs.As.

LÓPEZ, Vicente F., (1893), *Historia de la República Argentina*. Tomo X, Casavalle, Ed., Bs.As.

MITRE, Bartolomé (1890), *Historia de San Martín*, T.I, Félix Lajouane, Ed., Bs.As.

PALACIO, Ernesto (1954) *Historia de la Argentina* Peña Lillo Ed, BsAs.

----- (1939) *La Historia Falsificada*, Difusión, BsAs.

PUIGGRÓS, Adriana (1986), *Democracia y autoritarismo en la pedagogía argentina y latinoamericana*. Galerna, Bs.As.

----- (1993), T. V, *Peronismo: Cultura política y educación (1945-1995)*. Galerna, Bs.As.

----- (2003), T. VI, *Discursos pedagógicos e imaginario social en el peronismo (1945-1955)*. Galerna, Bs.As.

QUATTROCCHI-WOISSON, Diana (1995), *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*. EMECE, Bs. As.

RAMALLO, José M. (1996), *La enseñanza de la Historia Argentina y Americana*, Academia Nacional de la Historia, T.II, Bs. As.

SHUMWAY, Nicolás (1993), *La invención de la Argentina. Historia de una idea*, EMECÉ, Bs. As.

SOMOZA RODRÍGUEZ, Miguel (2006), *Educación y Política Argentina (1946-1955)*. Miño y Dávila, UNED, Bs.As.

SVAMPA, Maristella (2006) *El dilema argentino. Civilización o barbarie*. Taurus, Bs. As.

ZORRAQUÍN BECÚ, Ricardo (1940), Anuario de la sociedad de historia argentina en

Manuales de Texto

Aramburu, J. (1948), *Hist. Argentina*, El Ateneo, Bs. As.

Astolfi, J.C, (1950) *Curso de Hist. Argentina*, Kapelusz, Bs.As.

Carbía, R.D. (ordenador), (1917), *Manual de Historia de la Civilización Argentina*, Franzetti, Bs.As.

- Fregeiro, C.L, (1900) *Lecc. de His. Argentina*, Mendesky, París. 6ª. Ed. y 1921 10ª. Ed.
- Gambón, V. (1907), *Lecciones de Hist. Argentina*, Ángel Estrada, Bs.As.
- García Merou, M. (s/fha.), *Hist.de la República Argentina. 1800-1870* y 11ª. Ed. Ángel Estrada, Bs.As.
- Grosso, A., (1925) *Curso de Hist. Nacional*, Rossi, Bs.As.
- Levene, R, (1943), *Lecciones de Hist.Argentina*; Lajouane, y 1950, 21 ed.
- Sommariva, F.J., (1935), *Compendio de Hist. Americana y Argentina*; Librería del Colegio, Bs.As.
- Raffo de la Reta, J. C. (1947), *Lecciones de Hist. Argentina II*, Ángel Estrada, Bs.As.

